LO INDÍGENA CAMPEINO, BEMOLES PARA LA CONSTRUCCIÓN DE UNA NACIÓN: MIRAR LA REALIDAD CON LOS DOS OJOS

**Autor: Cynthia B.
Salazar Nieves**

Instituto de Investigaciones
Sociales de la Universidad Nacional
de México, en la Ciudad de México..
Correo: cynthionasala-zar@gmail.com.
<https://orcid.org/0000-0002-4416-8732>

Autónoma

(The indigenous-peasant, the struggle
to build a nation: Seeing reality with both
eyes)

Fecha de recepción: 14 de marzo de 2017

Fecha de aceptación: 20 de mayo de 2017

Resumen: *La construcción de naciones en la historia de América Latina no ha sido tarea sencilla por la amplia diversidad de grupos culturales que buscan delimitarse a un constructo de estado-nación uniforme y homogéneo. En este sentido, la diversidad étnica, presente en lo indígena campesino, se ha presentado como un desafío para la construcción de naciones en América Latina. En Bolivia, la propuesta de construcción de un Estado Plurinacional plantea las posibilidades de apropiación y resignificación del término nación.*

Palabras clave: identidad; lo étnico; lo indígena campesino; nación; lo plurinacional.

Abstract: *Nation-building in the history of Latin American has not been an easy task because of the extensive diversity of cultural groups that the construction of a uniform and homogenous nation-state seeks to delimit. In this sense, ethnic diversity, evident in the indigenous-peasant, has been presented as a challenge for nation-building Latin America. In Bolivia, the proposal for the building of a Plurinational State presents possibilities for the appropriation and redefinition of the term nation.*

Key words: identity; ethnicity; the indigenous-peasant; nation; plurinational.

This work is licensed under a Creative Commons
Attribution-NonCommercial-ShareAlike 4.0
International License.

81

Jul. 2017-Dic 2017

Nuestrapraxis. Revista de Investigación Interdisciplinaria y Crítica Jurídica, año 1 / no. 1,
Jul-Dic 2017, pp. 81-94. ISSN 2594-2727..

Introducción

El problema de la nación ha sido ampliamente discutido desde diversos enfoques y corrientes tanto en el mundo de la academia como en el político. Para los Estudios Latinoamericanos, esta discusión cobra un giro particular: se parte de reconocer las naciones como constructos sociales, resultado de procesos histórico-políticos propiamente modernos; es decir, como comunidades imaginadas¹ en determinadas colectividades que asumen compartir ciertos rasgos en común —asumen una identidad nacional.²

Esta idea de lo común nos conduce a un problema complejo; ya que, en efecto, las naciones presuponen un grado más o menos de homogeneidad entre las colectividades que las componen. Lo homogéneo, por tanto, nos remite a procesos de supresión, omisión o invisibilización de las diferencias que sobresalen en una colectividad. Estas diferencias pueden ser de diversos tipos, tanto materiales como subjetivas; es decir, pueden ser diferencias de clase, de lenguaje, de creencias religiosos o de identidades étnicas, entre otras.

Podemos decir, entonces, que la historia de las naciones en América Latina³ está basada, la mayor parte, en estos procesos de supresión, omisión e invisibilización; pues la diversidad étnica, política y cultural es parte esencial de ésta, de ahí que los procesos de homogeneización que implica la construcción de naciones han sido problemáticos.

En este trabajo vamos a detenernos en dos bemoles para la construcción de nación en América Latina, poniendo, al final, énfasis en el proceso boliviano: la identidad étnica y lo indígena campesino. Para tal fin, comenzaremos por problematizar la nación como un discurso de poder. En seguida, problematizaremos la categoría identidad étnica, por un lado, y el de lo indígena campesino, por el otro, para que podamos, entonces, dilucidar en qué consiste el desafío al que nos referimos para la construcción de nación en Bolivia, una sociedad con alto índice de diversidad étnica como de población campesina, qué problemas se ha tenido que afrontar en estos procesos de construcción de nación así como algunas de las propuestas que han surgido en este contexto, es decir, el Estado plurinacional.

2. La nación como discurso de poder

Según la Real Academia de la Lengua Española, la nación es:⁴

1. *f.* Conjunto de los habitantes de un país regido por **el mismo gobierno**.
2. *f.* Territorio de ese país.
3. *f.* Conjunto de personas de un mismo origen y que generalmente hablan **un mismo idioma y tienen una tradición común**.
4. *f.* coloq. p. us. nacimiento (acción y efecto de nacer). Ciego de nación.
5. *m.* Arg. p. us. Hombre natural de una nación, contrapuesto al natural de otra.

1- Véase, Anderson, B. *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*. México, FCE, 1993.

2- Como la lengua, el territorio, un sistema normativo, e, incluso, algunos rasgos macroculturales.

3- O podemos decir, de la construcción de naciones.

4- Las negritas son nuestras.

6. *loc. adj.* U. para dar a entender **el origen de alguien**, o de dónde es natural.

No obstante de que se trata del máximo órgano de la lengua española, la definición de nación nos parece extremadamente corta y ahistórica; por tanto, nos parece importante aclarar que partimos de la concepción de que no hay términos puros en el lenguaje, sobre todo cuando están inmersas relaciones de poder; muchos de éstos contienen en su arqueología procesos históricos determinados. La nación es un claro ejemplo. Por tanto, no es posible pensar en la idea de nación independientemente del estado moderno capitalista, el cual se instaura en las sociedades con una elevada división social del trabajo como aquel aparato asignado para concentrar y mantener el orden.⁵ En este sentido, el término Estado-Nación surge en este contexto moderno en el que se agotan las instituciones feudales y se transita a un modelo político concentrado y hegemónico;⁶ tal es su trascendencia que, a partir de dicho proceso, se reconfiguran las fronteras políticas en Europa y, posteriormente, en el mundo. Dicho lo anterior, podemos reunir algunas otras definiciones de la idea de nación⁷ que ha desarrollado Agustín Cueva y René Zavaleta para aludir con mayor precisión al contexto latinoamericano.

Ambos, tanto Cueva⁸ como Zavaleta,⁹ parten de la discusión del concepto de nación que hiciera Stalin:

Nación es una comunidad humana estable, históricamente formada y surgida sobre la base de la comunidad de idioma, de territorio, de vida económica y de psicología, manifestada ésta en la comunidad de cultura.¹⁰

Agustín Cueva recupera la afirmación de Stalin en cuanto a que la lengua no forma en sí parte de la estructura o de la superestructura. Cueva está de acuerdo con esto; sin embargo, la lengua vehiculiza sentidos de mundo determinado según el código que se emplee.¹¹ Es decir, en tanto

5- Gellner, E. *Naciones y nacionalismo*. México: Alianza-CNCA, 1991. P. 16. En este sentido, cabe preguntarnos ¿qué orden?, o mejor dicho, ¿el orden de quién?

6- La importancia de pensar en la definición de Estado-Nación bajo un territorio definido tiene que ver con la delimitación de los mercados para las transacciones capitalistas. Es un proceso bastante más complejo y amplio que no forma parte de nuestro objetivo por ahora. Sin embargo, aunque Geller lo menciona superficialmente, este proceso lo detalla Engels. Véase Engels, F. *El origen de la familia, la propiedad privada y el estado*. Diversas ediciones. Así mismo, nos amplía el horizonte de análisis pues, a través de este proceso histórico podemos comprender cómo, además de hechos sociales, las naciones se conformaron como actores sociales abstractos (piénsese, por ejemplo, en los contextos bélicos o la conformación de organismos multilaterales). Véase, también, Smith, Anthony D. "Gastronomía o geología? El rol del nacionalismo en la reconstrucción de las naciones". En Fernández Bravo, A. (comp.) *La invención de la nación. Lecturas de la identidad de Herder a Homi Bhabha*. Buenos Aires: Manantial, 2000. Pp. 185-205.

7- El término es utilizado abiertamente para referirse a muchas cosas. Sin embargo, es importante distinguir nación de nacionalismo. La primera alude a algo concreto, la segunda a un principio que precede a las naciones.

8- Cueva, Agustín, en *Teoría Marxista, categorías de análisis y América Latina*. La Paz, Bolivia: Autodeterminación, Colección Cosmópolis, marzo 2014.

9- Zavaleta, René. "Notas sobre la cuestión nacional en América Latina" (Ponencia presentada al XIV Congreso Latinoamericano de Sociología, San Juan, Puerto Rico, 1981). En *El Estado en América Latina*. Cochabamba-La Paz, Bolivia: Ed. Los amigos del libro, 1990.

10- Cueva, óp. Cit. P. 71

11- A este respecto, véase Bolívar Echeverría, "Ontología, valor de uso y semiótica". En *Valor de uso y utopía*. México: Siglo XXI, 1998.

que es un “fenómeno cultural neutro” —para Cueva, la lengua sólo es un “hecho cultural eminentemente formal”—,¹² la lengua está dispuesta a ser utilizada y recubierta por un código de clase determinado, sobredeterminando el curso de dicha lengua en ciertos procesos de inserción: como lengua dominante, dominada o secundaria.

En ese sentido, Zavaleta señala dos implicaciones del elemento del idioma como uno de los elementos propios de la nación: a) como el “modus vivendi” entre las lenguas diversas —en tanto unidades— que concurren a la nacionalización y b) como el símbolo de la destrucción de dichas unidades lingüísticas a partir de la hegemonía de una de ellas. Por tanto, “la nación explota el medio idiomático que facilite la nacionalización”. Es decir, “el idioma debe servir tanto a la función elemental del mercado y, sobre todo, a la subsunción real”.¹³

Respecto al término “comunidad de vida económica”, para Cueva está en función no de las especificidades de las relaciones de producción, sino que alude a las “modalidades formales muy concretas... de la vida material de una sociedad”.¹⁴ En ese sentido, para Zavaleta, este elemento se refiere al proceso de acumulación originaria por el que, en un primer momento, atravesaron (atraviesan) las sociedades basadas en el modo de producción capitalista. Para Zavaleta esto significa un problema, en tanto que es evidente que persisten otras formas de “vida económica común”, es decir, que escapan de la lógica mercantil; hemos dicho que es un problema porque el grado de profundidad de estas formas puede significar un obstáculo para la nacionalización capitalista.

De este modo, siguiendo la definición de Stalin, la cuestión cultural ocupa un lugar sobresaliente a la hora de abordar el tema de lo nacional. Por tanto, podemos deducir que nación y cultura son términos estrechamente relacionados y, bajo ningún contexto, se podrá estudiar ambos fenómenos fuera del marco de las estructuras e historia de las formaciones sociales en que tienen lugar.

De ahí que es menester no confundir “nación” con “formación económica-social”. En este sentido, Cueva define nación como

La unidad de la base con la superestructura, articulada de manera específica gracias a la presencia de un estado que, con su acción “reguladora”, tiende a crear un espacio relativamente autónomo de acumulación, tanto en el sentido estrictamente económico del término como en el sentido más amplio de una acumulación de tradiciones y con-tradiciones, dotadas de un ritmo histórico particular.¹⁵

Esta definición se aproxima a las aportaciones de Zavaleta, quien entonces define la nación como una “unidad característica del modo de producción capitalista, es decir, de una forma particular de articulación de vínculos que son propios del capitalismo”.¹⁶ En cuanto a la cuestión nacional,

Al respecto nos dice que la comunicación es un proceso de producción que se construye a partir de la ontología que prima en éste sujeto colectivo.

12- Cueva, óp. cit., p. 70

13- Zavaleta, óp. cit. Como “incorporación de la racionalidad científica a las costumbres de la producción colectiva”.

14- Cueva, óp. cit., p. 72

15- Cueva, óp. cit., p. 74

16- Para Zavaleta, no puede haber una teoría de la nación así como tampoco puede haber una teoría general de la formación económico social puesto que estamos frente a procesos históricos diversos

señala que el óptimo del modo de producción capitalista consiste en un Estado nacional, en tanto que el proceso de conformación de éste requiere, en primera instancia, de la diferenciación expresa entre la clase que posee los medios de producción y aquella que sólo posee su fuerza de trabajo, considerando, en este sentido, el proceso de acumulación originaria como el momento constitutivo por excelencia de la nación.¹⁷ En suma, para Zavaleta, la nación no es la sumatoria de los elementos que consideró Stalin como eminentes de una nación, sino que deben ser un “óptimo entre ellos”, determinados por su función dentro del modo de producción capitalista en el momento constitutivo como patrón hegemónico, esto es, la sustitución del carácter localista por el carácter nacional.

Entonces, luego de distinguir el estado, de la nación y ésta de la formación económica social, podremos comprender cómo el estado burgués, para consolidarse como estado-nación, debe cohesionar a la sociedad civil para que trascienda al carácter nacional. Para tal efecto, la conformación de un mercado interno con dimensiones globales que sea capaz de permear toda la formación económica social se hace requisito indispensable. La construcción de este mercado, dice Cueva en consonancia con Zavaleta, requiere de la *disolución de la matriz precapitalista*. Por tanto, la conformación del espacio nacional está directamente relacionada con el proceso de acumulación originaria; esto es, con la disociación de los productores directos de su medio de producción, es decir, la *descampesinización*.

Comenzamos diciendo que la nación es un discurso de poder ¿A qué nos referimos? La nación, además de las definiciones que arriba hemos esbozado, es un discurso sumamente excluyente: o se está dentro o fuera de ella pero nadie se salva; si se está fuera de una, necesariamente se está dentro de otra, y la advertencia es fuerte: si no se está dentro de una nación el sujeto/la comunidad se enfrenta al no-ser.¹⁸

La definición anterior pone de relieve varios puntos que nos interesan. Relaciona nación como un conjunto de habitantes —comunidad— que poseen unicidad por el idioma, la economía, la psicología y la cultura en común. Nótese, insistimos, en el carácter excluyente de la idea de nación. En países tan diversos, como el nuestro y otros de América Latina hay comunidades que no comparten el mismo idioma con los demás, que poseen otras formas de producción precapitalistas, como diría Zavaleta, y que, por tanto, no comparten las mismas tradiciones y, mucho menos, identifican su origen con ese constructo. Además, la adscripción de una comunidad o de individuos a determinada nación les define bajo qué condiciones son sujetos —o no— de derechos.

3. Identidad étnica y lo indígena campesino como desafíos para la construcción de la nación en Bolivia

La identidad étnica

En torno al problema de la nación y la discusión de cómo se construye ha surgido una corriente que alude a un método genealógico para estudiar cada nación. Esta corriente parte de que la nación, como comunidad, no es un constructo que se hiciera de la noche a la mañana, sino que la especificidad de cada nación está en función de su pasado como comunidad en cuanto a que ésta se compone de “etapas” sobrepuestas que nos dan cuenta de un momento histórico determinado, donde cada etapa superior da cuenta de la inferior. En este sentido, nos dice, “la nación moderna, como un linaje duradero, es en gran medida un precipitado de todos los depósitos de generaciones

17- Zavaleta, Ibíd.

18- Nos referimos a la Declaración Universal de los Derechos Humanos donde se declara que todos los seres humanos tienen derecho a una identidad, la cual, además de un nombre propio, implica una nacionalidad.

más antiguas de la comunidad. La herencia étnica determina el carácter de la nación moderna”.¹⁹ Este conjunto de capas, dice, es una síntesis de los depósitos que las conforman. En este sentido, al tratarse de una síntesis, no habría contradicción entre las identidades étnicas y la construcción de naciones. Pero, ¿por qué parece que esta definición —proveniente de la India— no responde a las problemáticas de América Latina? Bajo la mirada de esta corriente el pasado étnico es reinterpretado de tal suerte que esté acorde al presente nacionalista y, de este modo, se naturaliza su proceso de construcción como algo biológicamente secular justificando los otros procesos de omisión o supresión de otras identidades.

Es importante tener en cuenta, como lo señala Bartolomé, que tanto las etnias como las naciones son procesos históricos que, muchas veces, en el devenir de la historia, se entrecruzan, coinciden y/o se repelan como procesos excluyentes el uno del otro: no todos los grupos étnicos se sujetan a los lineamientos del proyecto de nación, ni los proyectos de nación encuadran con el conjunto de valores de todos los grupos étnicos.²⁰ Pero, ¿a qué nos referimos cuando hablamos de identidades étnicas?

J. Jesús María Serna define etnia como una “comunidad lingüística y religiosa, (con) relativa unidad territorial, tradición mítico-histórica y tipo común de ocupación del espacio”.²¹ Al referir que las etnias son comunidades, queremos expresar que es un espacio “significativo en términos de la reproducción de las identidades étnicas de los pueblos indios”.²² El término “pueblo” también es de relevancia para entender a qué nos referimos cuando hablamos de pueblos indios. Así pues, se trata de una colectividad que tiene unidad cultural y se reconoce a sí mismo como tal, comparte un proyecto común y está en relación con un territorio geográfico específico. Por tanto, pueblos indios “son conjuntos socioculturales constituidos por individuos autoidentificados como miembros de tales conjuntos que son diferentes de otros sectores de la sociedad nacional en la que se encuentran insertos”.²³

A partir de lo anterior, podemos decir que la identidad étnica, es decir, asumir determinada etnia como la propia y vivir conforme al conjunto de valores culturales que la componen, también está contenida en lo histórico del proceso. Éste, muchas veces, se circunscribe a la sobrevivencia, a la búsqueda de métodos para reproducirse frente al ventajoso aniquilamiento que el proyecto de nación les impone: algunas veces la sobrevivencia de las etnias termina por languidecer, otras se reconfiguran y se funcionalizan acorde al proyecto de nación, mientras que otras continúan resistiendo de la mano con la tradición oral, su organización etnopolítica, económica y social.

De la discusión sobre la cuestión étnico-nacional, se ha desprendido algunas corrientes que proporcionan aportes de interés relevante. Entre ellas, Serna destaca dos: el etnopolitismo y el etnomarxismo. El primero, data de los años setenta y se identifica con los planteamientos hechos en

19- Smith, Anthony D. “Gastronomía o geología? El rol del nacionalismo en la reconstrucción de las naciones”. En Fernández Bravo, A. (comp.) *La invención de la nación. Lecturas de la identidad de Herder a Homi Bhabha*. Buenos Aires: Manantial, 2000. P. 196.

20- Además, decimos que son excluyentes entre sí, ya que la identidad étnica necesita de otras etnias para diferenciarse; por tanto, una identidad étnica es excluyente de otras; lo mismo con las naciones. Esto no significa que el principio de exclusión sea necesariamente de anulación, supresión o represión. Bartolomé, Miguel A. “Etnias y naciones. La construcción civilizatoria en América Latina”. En Reina L. (coord.) *Los retos de la etnicidad en los estados-nación del siglo XXI*. México: CIESAS/INI/Miguel Ángel Porrúa, 2000. Pp. 153-170.

21- Serna Moreno, J. Jesús María. En *México, un pueblo testimonio. Los indios y la nación en Nuestra América*. México: UNAM, CCyDEL, Plaza y Valdés, 2001. P. 76

22- *Op. cit.*, p. 82

23- *Op. cit.*, p. 83

Barbados;²⁴ desplaza de a poco la corriente marxista realizándole críticas a las concepciones dogmáticas; propone planteamientos críticos a las políticas indigenistas que se habían desarrollado en América Latina y recupera al grupo étnico como sujeto histórico. La segunda corriente, el etnomarxismo,²⁵ critica a la primera por haber sido una especie de reemplazo del indigenismo en las políticas públicas así como por ser “esencialista” en su concepción de lo étnico; en cambio, para Díaz Polanco lo étnico posee la capacidad de transformación histórica. Así pues, señala una contemporaneidad entre lo étnico y el sistema de clases, donde lo primero es parte fundamental de los segundo —no se trata de dos dimensiones ajenas entre sí.

Sin embargo, Díaz Polanco da continuidad a los aportes que hiciera José Carlos Mariátegui, quien realizó notables críticas de lo que estaba entendiéndose en su tiempo por el “problema indígena” en función de “lo étnico”. Para Mariátegui, el concepto de etnia no daba cuenta ni resolvía el verdadero problema.²⁶ Al contrario, profundizaba más el carácter colonial con el que se intentaba asumir “el problema”. Más adelante detallaremos su propuesta.

Lo indígena campesino

El problema del indio, nos dice Mariátegui, “tiene sus raíces en el régimen de propiedad de la tierra”.²⁷ Ahora bien, esta relación podría conducirnos a conclusiones falsas; por ejemplo, la concepción de que todos los campesinos en América Latina son indígenas, o viceversa. En absoluto. En América Latina no hay una sola clase campesina, por tanto, el sujeto campesino tiene diversidad de identidades en la región; sin embargo, guarda una estrecha relación con una identidad indígena, sobre todo en lugares como Perú, Bolivia, México, entre otros.²⁸

En este sentido, Serna señala que durante la conquista y la colonización europea, en México se atentó contra las estructuras sociales de éstas sociedades. Las clases dirigentes así como el cúmulo de conocimiento adquirido fueron aniquilados; sin embargo, la clase campesina fue conservada bajo determinadas relaciones de poder para la extracción de valor. Esta clase era la fuerza de trabajo del *calpulli* o bien, del *ayllu*. Con la conquista, estas comunidades agrarias se mantuvieron en tanto que permitieron una transferencia de valor necesaria para constituir la base socioeconómica sobre la cual descansó la estructura colonial.²⁹ Este proceso colonial implicó, por tanto, un proceso de indianización de la comunidad agraria originaria.³⁰ De este modo podemos entender la fuerte relación que hay entre clase campesina e identidad étnica en algunas regiones latinoamericanas; aunque, ciertamente, esta relación ha tomado diversos matices según la especificidad histórica de cada nación.

Sin embargo, no nos detendremos en la mera relación indígena-campesino sino en lo que tiene que ver con la tierra, de ahí la necesidad de Recuperar a Mariátegui.

24- En México, su principal representante académico es Guillermo Bonfil Batalla. *Op. cit.*, p. 68.

25- El máximo representante de dicha corriente en México es Héctor Díaz Polanco. *Ibidem*.

26- Cabe recordar que el término de etnia recién estaba siendo utilizada en la década de los treinta por la antropología como un término que les permitiera explicar las “desigualdades” en función de “superioridad-inferioridad” entre colonizados y colonizadores.

27- Mariátegui, José Carlos. “El problema del Indio”. En *7 Ensayos de interpretación de la realidad peruana*. República Bolivariana de Venezuela: Fundación Biblioteca Ayacucho, 3ª Edición, 2007. Pp. 26-38.

28- Por ejemplo, en los recientes procesos constituyentes de Bolivia se instaure la figura de *pueblos originarios indígenas campesinos* para aludir a la complejidad que entraña la relación entre etnia y clase.

29- Serna, *op. cit.*, p. 116.

30- En el sentido en que el término “indio” alude a la relación colonial de denominación del otro. Posee un peso histórico y colonial importante en el sentido de que antes de la conquista en América no había indios, estos surgen bajo la mirada colonial del otro.

Siguiéndolo, el ser campesino no está en función —solamente— de estructuras de identidad étnica, sino, principalmente, a partir de su conformación política, social y económica en la totalidad de relaciones reproductivas del complejo social. El modo en que América participa del desarrollo y consolidación del capitalismo a nivel mundial, profundiza y perpetúa el proceso de acumulación originaria, tornándola, más bien, en permanente. Esto nos conduce a comprender el por qué tanto del despojo de tierra y otros bienes naturales a los pueblos originarios y las formas de sometimiento y explotación en los que históricamente se han visto envueltos en el marco de la construcción de los Estados-nación.³¹

Ahora bien, por otro lado, nos dice Bolívar Echeverría³² que el *qué* y el *cómo* se reproducen los medios necesarios de subsistencia determina la subjetividad y, a la vez, la socialidad. En este sentido, el *qué* y el *cómo* trabaja la tierra el campesinado, como clase, reafirma tal condición de su ser; pero, sin tierra, ¿qué queda? Para la clase campesina que mantiene arraigada una identidad étnica basada en la comunidad, la tierra no es pensada y valorada como recurso, ni como propiedad o pequeña empresa capitalista, sino como sustento material de su ser social.

Si, como hemos dicho, los estados-nación están en función de un proyecto económico liberal basado en la acumulación, despojar de la tierra a los pueblos indígenas campesinos los conduce a procesos de desestructuración material e identitaria. De ahí que hemos dicho que muchos de estos procesos de construcción de nación están basados en la omisión, supresión o aniquilación; es decir, en procesos etnocidas.

La relación entre clase y etnia está estrechamente vinculada en América Latina. Los procesos de explotación, dominación, marginación y desposesión de los que son sujetos los pueblos indígenas campesinos están enmarcados en la realización de los proyectos de nación como discursos de poder en donde se impone un determinado proyecto político y económico bajo la dirección de una etnia y clase hegemónica.

4. Desafíos para la construcción de Nación en Bolivia

Para algunos autores, América Latina no ha tenido en su historia un Estado-Nación propiamente dicha. Para Hobsbawm, por ejemplo,³³ muchas veces se incurre en el error de querer hacer encuadrar “entidades históricamente nuevas, nacientes, cambiantes, que, incluso hoy día, distan mucho de ser universales, en una estructura de permanencia y universalidad”.³⁴

Desde el punto en que aborda este problema Hobsbawm, la nación es vista como imposición, ni siquiera aludiendo a ésta como una elección que deviene de la consciencia ya que se les

31- Pensemos en la implantación y desarrollo de sistemas como las encomiendas, el latifundio, las haciendas, las plantaciones. Pa-recerían cosa del pasado, pero si revisamos la reciente evidencia de las condiciones de trabajo y explotación de los jornaleros de San Quintín, en Baja California, México, podremos constatar cómo se reconfiguran y reproducen estos mecanismos.

32- Explica cómo es que el proceso de producción material es, al mismo tiempo, un proceso de comunicación en el que se construye el ser en términos ontológicos y cifra y descifra su subjetividad en términos semióticos; partiendo de la forma natural de la vida a la transnaturalización de su animalidad, es decir, su socialidad. Echeverría, Bolívar. “El ‘valor de uso’: ontología y semiótica”. En *Valor de uso y utopía*. México: Siglo XXI, 2010. Pp. 153-197.

33- El autor no se refiere explícitamente al caso latinoamericano; sin embargo, consideramos que la lectura es adecuada.

34- Hobsbawm, E. *Naciones y nacionalismo desde 1780: programa, mito y realidad*. Barcelona: Crítica, Grijalbo Mondadori, 1998. P. 14.

presenta una sólo opción y se suprimen la diversidad en la que los individuos pueden organizarse políticamente.³⁵ Entonces, la nación, dice el autor, es una construcción desde arriba pero que involucra, esencialmente, a los de abajo, el pueblo. Esta imposición llega a alcanzar un grado de internalización que logra difuminar su calidad de imposición, a través de mecanismos como la educación y los medios de comunicación. Estos mecanismos inducen “lazos protonacionales”, a veces bajo formas “supralocales de identificación popular” que logran dar cierta cohesión a la nación.³⁶ Esto cobra fuerza cuando se decreta como oficial de una nación una lengua determinada y una historia común; lo nacional es lo importante y “lo oficial”, lo demás es local y superficial —si no, folclórico. Estos lazos protonacionales suprimen, omiten o invisibilizan, generalmente, otros modos de agrupamiento y organización entre individuos; menosprecia otras formas de identidad y oculta la lucha de clases. En este sentido, podemos observar el discurso de la nación como una ficción a gran escala que se opone a la diversidad étnica, cultural y política.

En este sentido, el discurso de la nación, al tratarse de un discurso de poder que impone sobre las otras una determinada etnia como hegemónica, está susceptible de las limitaciones con las que puede enfrentarse. Así, despliega una diversidad de mecanismos, la mayoría jurídicos, para funcionalizar lo que se le opone a su proyecto nacional, de tal suerte que logre una mayor legitimidad y cohesión. De este modo despolitiza la conciencia de clase y la identidad étnica para delegarla al ámbito privado; esto es, a la vida familiar.³⁷

El caso de Bolivia proporciona una amplia variedad de elementos para repensar el problema de lo étnico-nacional en relación con la clase. La complejidad de su proceso histórico es, además, sumamente rico para replantearnos los paradigmas teóricos con los que generalmente se aborda el tema. En esta ocasión abordaremos el tema sucintamente con el fin de brindar un panorama que amplíe la discusión sobre la cuestión plurinacional boliviana frente a América Latina.

Para René Zavaleta, la formación del Estado nacional y de la propia nación no era algo concluido. Para el autor, el Estado nacional es entendido como “la forma paradigmática de organización de la colectividad dentro del modo de producción capitalista”.³⁸ Por tanto, entendía la nación como una fuerza productiva en tanto construcción de un “yo colectivo” bajo cierto grado de centralización y homogeneidad —entre los elementos que concurren en el proceso productivo— en torno al mercado interno; por tanto, la nación es la forma de colectividad más eficiente para el modo de producción capitalista —como la forma de organización del mercado mundial.

Esto supone un momento constitutivo de lo nacional. La integración nacional, nos dice, es vertical; en lo político se expresa en el discurso de la democracia, mientras que en lo económico se expresa en la construcción del obrero total y el capitalista colectivo, resultado de la “conquista de la agricultura por la industria”, por tanto, considera que a mayor participación del estado en el mercado, mayor será el grado de nacionalización. En este sentido, el momento económico de la formación nacional es paralelo a su momento ideológico —o cultural—, pero ambos se funden en el contexto del “momento constitutivo”³⁹ —expresado en el proceso de acumulación originaria.

35- *Ibíd.*, p. 16.

36- *Ibíd.*, p. 57.

37- Gutiérrez, Natividad. “El resurgimiento de la etnicidad y la condición multicultural en el Estado-nación de la era global”. En Reina, L (coord.) *Op. cit.* Pp. 93-99.

38- Zavaleta, *óp. cit.*

39- Para Zavaleta, puede haber cuatro tipos de momentos constitutivos: 1) como un hecho poderosos y temprano; 2) con base en un patrón ideológico originado por un proceso de reconquista; 3) como expresión de la unidad de una lengua en dispersión o bien, 4) basado en un hecho político de fuerza suficiente (como una revolución).

Dicho momento consiste en la producción de un “estado de disponibilidad colectiva”, el cual es aprovechado para sustituir el carácter localista por el carácter nacional; de tal modo es como se produce la nacionalización según Zavaleta. Si bien, como se mencionó anteriormente, no puede haber una teoría de la nación, sí se puede aproximar a su definición por el momento originario del proceso de lo nacional.

Por ejemplo, nos dice, el movimiento de masas campesino como acto de reconocimiento o reconstrucción del pacto social en 1952 significó para Bolivia el núcleo de lo nacional;⁴⁰ donde la memoria y los símbolos de lo indio tuvieron una función capital; en este sentido, señala que “no hay un solo caso de instalación del capitalismo que no apele a mitos interpelatorios precapitalistas”.

Ahora bien, ¿a qué atañe Zavaleta la falta de conclusión de lo nacional en Bolivia? ¿La composición tan diversa étnica, económica, política y culturalmente tiene algo que ver?

Xavier Albó nos ofrece una lectura interesante.⁴¹ Al respecto, considera que la alta composición plurilingüe y pluricultural puede ayudarnos a comprender la aspiración de un importante sector de su población por instituir un Estado Plurinacional.

Tras la derrota de la Guerra del Pacífico, se buscó reconstruir el estado a partir de los principios liberales basados en la igualdad —sobre todo basada en la propiedad individual. Bajo este discurso, se despojó de grandes cantidades de tierra a las comunidades para transformarlas en haciendas neofeudales. No obstante, se mantuvo un esquema dual de las repúblicas instaurada desde la colonia: la oligárquica y la ignorada —la de los indios.

Para Albó, se puede hablar de una tendencia uniformadora después de la Guerra del Chaco (1935), tras la necesidad de reconstruir el estado a partir de la mayor integración mediante una serie de reformas —agrarias, económicas, laborales, educativas, políticas, etcétera. En este sentido, la Revolución de 1952 abre, con el Movimiento Nacional Revolucionario (MNR) la era del nuevo Estado que subsiste hasta la década de los ochenta. Este proceso, si bien es sumamente complejo y extenso, destacaremos algunos rasgos significativos: 1) hay un —violento— proceso de campesinización de las comunidades indígenas;⁴² 2) se da un proceso de sindicalización de las antiguas comunidades que fueron avasalladas por las haciendas y que, con la reforma agraria, estaban siendo parceladas y repartidas en función de propiedad privada. Ambos forman parte de un proceso homogeneizador y civilizador que fuera capaz de garantizar la permanencia del MNR.

Posteriormente, Bolivia enfrentó un cambio de paradigma de doble protagonismo. “El principal” estuvo liderado por las fuerzas políticas ya consagradas —partidos, confederaciones, etc.— que pugnan por un “retorno a la democracia” bajo el paradigma neoliberal, y “el lateral”, liderado por ciertos sectores campesinos de origen aymara. Con este cambio de paradigma se dio fin al Estado del ’52, mediante 1) la privatización de las empresas estatales —“achicar el estado para agrandar la nación”— y 2) una mayor descentralización de la administración pública. Así pues, el sector “lateral”, desilusionado del MNR y del Pacto Militar Campesino, cuestionó al Estado y la “otra propuesta” de país. De este modo surgió el movimiento katarista a finales de los setenta, demandando la

40- En su obra *De lo nacional popular...*, Zavaleta sostiene la tesis de que la ausencia de este momento constitutivo de lo nacional nos permite entender sobre la derrota de Bolivia en la guerra del Pacífico. Las guerras modernas requieren un arraigo nacional para ser peleadas y defendidas; en Bolivia este momento aún era incipiente. Esto no significa que las guerras sean ganadas por los estados más nacionales, pero sí explica la parte de las condiciones de batalla.

41- Albó, Xavier. “Nación de muchas naciones: nuevas corrientes políticas en Bolivia”. En González Casanova, Pablo y Marcos Roitman (coords.). *Democracia es estado multiétnico en América Latina*. México: La jornada/CEIICH-UNAM, 1996. Pp. 321-366.

42- Con esto nos referimos a que hay una disociación del carácter de clase sobre el carácter de identidad étnica. Se exalta la primera negando, omitiendo o suprimiendo la segunda. Se nulifica el modo de producción comunal a favor de la lógica de la pequeña propiedad y el pequeño productor.

evidente política anticampesina del estado.⁴³ A su vez, dentro del katarismo se posicionaban dos posturas: 1) el de los grupos más ligados a las estructuras políticas institucionalizadas —partidos de izquierda— y 2) el de los nuevos líderes aymaras. El primero nunca planteó algo propio con relación al estado, mientras que los segundos, al estar más ligados a las organizaciones comunales, hacían énfasis en las autoridades originarias y de los símbolos tradicionales —como el uso de la wiphala como bandera aymara. El creciente apoyo popular les permitió posicionarse en la cúspide la Confederación Sindical Única de Trabajadores Campesinos de Bolivia (CSUTCB), lanzando, desde entonces, la propuesta de un Estado Plurinacional. En 1983, en el II Congreso de la CSUTCB, ambas corrientes suscribieron una tesis conjunta en donde se ratificaba la lucha de clases del campesinado, denunciaban la discriminación étnica y proponían la formación de un Estado Plurinacional. No obstante de la fuerza política con la que el katarismo contaba, sus conquistas legales nunca se ejecutaron, lo que se tradujo en una falta de credibilidad hacia sus dirigentes. Sin embargo, el paradigma que se iba posicionando sobre la creación de un Estado Plurinacional cobró eco. Albó señala cinco factores que facilitaron la difusión de dicho paradigma:

1. la crisis general de la izquierda; la cual fue profundizada con la llegada del neoliberalismo. En este contexto, el análisis de clases, hasta entonces predominante, fue reemplazado por el de la cuestión étnica.
2. Nuevas organizaciones indígenas. Surgen las primeras organizaciones campesinas como la Confederación Indígena del Oriente, Chaco y Amazonía de Bolivia (CIDOB), la Coordinadora de Pueblos Indígenas del Beni (CPIB) y la asamblea del Pueblo Guaraní (APG). En 1991 tiene lugar la primera Marcha por el Territorio y Dignidad (recorrió Bolivia desde el Beni hasta La Paz).⁴⁴ La coyuntura de los 500 años dio lugar a que los pueblos se identifiquen como naciones originarias, lo que les llevó a demandar una “Asamblea de nacionalidades”.⁴⁵
3. Nuevas corrientes internacionales, como coyunturas favorables en el contexto global: la nueva preocupación por la ecología se vio ligada a los pueblos indígenas, lo que llevó a la suscripción al Convenio 169 de la OIT y la incorporación de componentes indígenas en los proyectos del BM
4. La presencia katarista en las elecciones. La presencia continua de partidos kataristas o indianistas fue penetrado en la conciencia política nacional.
5. El nuevo populismo cholo, pero que era fuertemente diferenciado del katarismo.⁴⁶

43- Un ejemplo es la masacre ordenada por el presidente Bánzer en 1974 en represión a una protesta de campesinos quechuas en Cochabamba.

44- La demanda por el territorio aludía a su oposición a las empresas madereras así como por el reconocimiento jurídico de sus derechos tanto laborales como pueblos. La demanda por la dignidad estaba en función de la nueva conciencia de identidad étnica.

45- Esta demanda terminaba por reproducir los términos de representatividad propia de la democracia liberal.

46- El populismo cholo fue, más bien, la expresión del ascenso al poder político de un sector empresarial de origen aymara-cholo que poseía, ya, cierto poder económico. No tenían una propuesta de reivindicación de lo étnico, pues más bien promovían un blanquea-

6. La apertura final del frente gobernante; esto es, los partidos mayores se plegaron a la corriente katarista, aunque en un nivel retórico. Se consiguió que Bolivia fuera la sede del Fondo de Desarrollo Indígena, se dio mayor apoyo a la educación intercultural, lo que marcó un nuevo estilo de gobierno.⁴⁷
7. La media vuelta del MNR, el cual, pese a su tradición, terminó por participar de la problemática pluriétnica; sumando a Víctor Hugo Cárdenas —dirigente katarista— a la vicepresidencia. Aunque en los hechos, esto significó que el MRTKL terminara por aceptar pactos poselectorales con la burguesía, descolocándose de su postura kátara.

La propuesta de un Estado Plurinacional comienza a gestarse a partir de los ochenta. Tiene su antecedente en el proyecto de Ley Agraria Fundamental propuesto por la CSUTCB, que significó según Albó, la primera formulación de la utopía campesina. Entre otros puntos, hace énfasis en el reconocimiento de la autonomía de la comunidad y de sus autoridades para la resolución de conflictos. Para su discusión se conformó el Parlamento Popular, del cual surgieron dos propuestas: 1) La primera postulaba la necesidad de un estado nuevo en manos de la clase trabajadora, ya que, decía, la clase campesina no tenía un proyecto histórico propio. 2) La segunda, de la corriente katarista aymara, inspirada en la comunidad originaria. Buscaba una mayor participación de las organizaciones, mayor autonomía frente al Estado y la necesidad de fortalecerse como pueblos. En este contexto surgen el Movimiento Indio Tupaj Katari (MITKA) y el Movimiento Revolucionario Tupaj Katari (MRTK). El primero señalaba que la raíz de los problemas era la conquista y la colonia, por tanto, había que romper con todos los lazos coloniales, pero no hacía relación con la lucha de clases. El MRTK reconocía la llaga colonial, pero admitía la existencia de una explotación de clase como campesino.⁴⁸ Evitaba el reduccionismo clasista y obrerista de la izquierda y el reduccionismo anticolonialista de los indianistas; esbozaba, ya, un Estado Plurinacional como proyecto. En la Tesis Política de la CSUTCB de 1983, ambas corrientes expresaban: *No puede haber una verdadera liberación si no se respeta la diversidad plurinacional de nuestro país y las diversas formas de autogobierno de nuestros pueblos.*⁴⁹

Estaba ya el consenso sobre la necesidad del reconocimiento de un estado plurinacional. Este consenso es afianzado en la Ley comunidades en 1990. Sin embargo, no es sino hasta el 2009 que esta demanda se consolida en la nueva Constitución Política, en la cual se denomina el Estado Plurinacional de Bolivia. El recorrido de esta demanda atravesó la Asamblea Constituyente, compuesta por representantes del Pacto de Unidad.⁵⁰ En la CP se declara que el Estado Boliviano está

miento de lo indígena mediante el ascenso social.

47- Cabe señalar que estos cambios fueron resultado de las movilizaciones y demandas que las organizaciones indígenas hicieron así como de la visibilidad que esto tenía en el escenario internacional.

48- Frente a esto, utilizaban la frase “mirar la realidad con los dos ojos”.

49- Albó, óp. cit., p. 349.

50- Este proceso, en sí mismo, es extenso y complejo, nos limitaremos, por ahora, a subrayar lo necesario para el fin de este trabajo. El Pacto de Unidad es el nombre que se le asigna al pacto que establecen las diversas organizaciones que, de algún modo, accionaron los mecanismos para el proceso de cambio, el cual ha sido abanderado desde hace casi diez años por el partido gobernante MAS-IPSP. Dichas organizaciones, si bien tenían divergencias en el proyecto político, negociaron su unidad para encausar el proceso hacia la materialización de las demandas a través de la Asamblea Constituyente, las cuales, como suele suceder, fueron planteadas y consensadas en medio de una fuerte correlación de fuerzas.

compuesto por 36 naciones. Muchas han sido las críticas a esta afirmación, pues está basado en el número de lenguas vivas, lo que conduce a una reducción de considerar un pueblo como nación sólo con base en la lengua originaria. Lo cual produciría más problemas, ya que, por ejemplo, el aymara y el quechua son las dos lenguas más habladas, además del castellano; no obstante, no toda la gente aymarahablante se considera de la misma nación. Por tanto, está pendiente una discusión al interior más detalla sobre lo que el Estado está definiendo por nación y cómo es que se definen a sí mismos los pueblos como naciones originarias.

Ciertamente, como nos dice Albó, el concepto de nación o nacionalidad ha sido utilizado más estratégicamente por los pueblos para contrarrestar el efecto de sentirse “extranjeros” en su propio país. De tal suerte que el nacionalismo, en este contexto, es utilizado como un instrumento ideológico en la lucha de los pueblos contra el colonialismo interno, pues reivindica su derecho a la diversidad y a su territorio, ya que, si bien con la reforma del 52 los pueblos se integraron a la lógica de parcelación individual, persiste en cierto sentido la noción de territorio comunal. En este sentido, nos dice Albó, el planteamiento del nacionalismo andino no persigue que estos pueblos se instituyan como estados; sino que el horizonte plurinacional busca un estado que reconozca los derechos diferenciados de las diversas naciones originarias y su autonomía relativa.

4. Conclusiones

Los estados de América Latina continúan batiéndose en el avance de la construcción-consolidación de naciones. Esta tarea no ha sido sencilla, pues en el transcurso se ha encontrado con dos bemoles problemáticos: la identidad étnica y la clase. Gran parte de los proyectos de nación han tendido a la supresión, omisión o aniquilamiento de dichos grupos, generando profundas tensiones en las relaciones entre el estado y las comunidades indígenas campesinas, ya sea por la marginalización a la que están sometidos muchos grupos indígenas, o bien, por los sistemáticos despojos de tierra a los que se enfrentan los pueblos latinoamericanos a favor de la acumulación.

Frente a estas tensiones, los estados han optado por vías para refuncionalizar la diversidad a los intereses del proyecto de nación, aunque no siempre con éxito.

No obstante, la cada vez más fuerte presencia de los múltiples grupos étnicos en América Latina ha puesto en jaque la construcción-imposición de proyectos uninacionales y, por tanto, la homogeneización cultural y política —hasta cierto grado. Ejemplo de esto es el proyecto de Estado Plurinacional que se instala en Bolivia como resultado de los diversos movimientos encabezados por grupos indígenas desde el siglo XX.

En este sentido, podríamos hablar de “nación en sí” cuando exista su base objetiva o “nación para sí” cuando una voluntad política se haya montado sobre dicha base. Por tanto, en el sentido en que lo refiere Albó, es necesario preguntarse ¿es posible rescatar la nación de la “camisa de fuerza” del estado? La tarea de deconstruir el término exclusivo y excluyente de nación para que logre dar cuenta del sentido que le infieren los pueblos indígenas demanda, entonces, un ejercicio de descolonización del término. No obstante, pensar en las naciones originarias como naciones sub-estatales, como está planteado en la nueva CPE de Bolivia, ¿no termina por reproducir dichas relaciones coloniales?

Sin embargo, el camino es largo y aún hay mucho por recorrer; quedando aún pendiente una problematización más profunda sobre cómo pensamos el potencial de la autodesignación de nación de los estados en el proceso de lucha por su autodeterminación.

5. Bibliografía

- Albó, Xavier. "Nación de muchas naciones: nuevas corrientes políticas en Bolivia". En González Casanova, Pablo y Marcos Roitman (coords.). *Democracia es estado multiétnico en América Latina*. México: La jornada/CEIICH-UNAM, 1996. Pp. 321-366.
- Anderson, B. *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*. México, FCE, 1993.
- Cueva, Agustín, en *Teoría Marxista, categorías de análisis y América Latina*. La Paz, Bolivia: Auto-determinación, Colección Cosmópolis, marzo 2014.
- Bartolomé, Miguel A. "Etnias y naciones. La construcción civilizatoria en América Latina". En Reina L. (coord.) *Los retos de la etnicidad en los estados-nación del siglo XXI*. México: CIESAS/INI/Miguel Ángel Porrúa, 2000.
- Echeverría, Bolívar. "El 'valor de uso': ontología y semiótica". En *Valor de uso y utopía*. México: Siglo XXI, 2010.
- Gellner, E. *Naciones y nacionalismo*. México: Alianza-CNCA, 1991.
- Gutiérrez, Natividad. "El resurgimiento de la etnicidad y la condición multicultural en el Estado-nación de la era global". En Reina, L (coord.) *Op. cit.*
- Hobsbawm, E. *Naciones y nacionalismo desde 1780: programa, mito y realidad*. Barcelona: Crítica, Grijalbo Mondadori, 1998. P. 14.
- Mariátegui, José Carlos. "El problema del Indio". En *7 Ensayos de interpretación de la realidad peruana*. República Bolivariana de Venezuela: Fundación Biblioteca Ayacucho, 3ª Edición, 2007.
- Serna Moreno, J. Jesús María. En *México, un pueblo testimonio. Los indios y la nación en Nuestra América*. México: UNAM, CCyDEL, Plaza y Valdés, 2001.
- Smith, Anthony D. "Gastronomía o geología? El rol del nacionalismo en la reconstrucción de las naciones". En Fernández Bravo, A. (comp.) *La invención de la nación. Lecturas de la identidad de Herder a Homi Bhabha*. Buenos Aires: Manantial, 2000. Pp. 185-205.
- Quijano, Aníbal. "Colonialidad del poder, eurocentrismo y América Latina". En Lander, Edgardo, *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas latinoamericanas*. Buenos Aires, Argentina: CLACSO, 2000.
- Zavaleta, René. "Notas sobre la cuestión nacional en América Latina" (Ponencia presentada al XIV Congreso Latinoamericano de Sociología, San Juan, Puerto Rico, 1981). En *El Estado en América Latina*. Cochabamba-La Paz, Bolivia: Ed. Los amigos del libro, 1990.